



Una conciencia volcada sobre la reflexión de la realidad española en la que trasluce el análisis de esas dos Españas tan enfrentadas en la historia, su destino y su concepto, en el intento de abrir una vía de diálogo y encuentro necesario para superar esas viejas heridas que lastraban un pasado lleno de desencuentros. Y confirma Miguel Martínez Aguilar, en su ensayo sobre «La narrativa de Manuel Andújar», que la Historia para nuestro autor «debe ser considerada maestra de vida, y sólo una reflexión serena acerca de ella puede superar viejas incomprensiones y generar formas de convivencia más auténticas» [Martínez Aguilar, 1989:112]. Asume, por tanto, Andújar una voz social y colectiva en la búsqueda de esas síntesis a través de planteamientos de talante ético, insobornables y ecuánimes. En definitiva, «Conciencia y literatura en irreprochable simbiosis», como definió José Luis Abellán la obra andujariana [Abellán, 1994:292]. Desde esos conceptos que atesora la obra andujariana: profunda indagación histórica y voz social y colectiva, trataré aquí de analizar la novela *Llanura*, primera de la trilogía *Vísperas*.

## 2. VÍSPERAS, UNA TRILOGÍA SOBRE EL DRAMA SOCIAL DE ESPAÑA

Rafael Conte que ha estudiado en profundidad la obra de Manuel Andújar, refiriéndose a *Vísperas* dice que «se trata del viejo asunto de siempre: convertir la vida en literatura y viceversa, desde la exploración de la entraña española» [Conte, 1976]. Y lo ratifica Rodríguez Padrón:

«Novelar es plantearse seriamente y en su totalidad la pugna entre realidad histórica y su materialización literaria, y *Vísperas* es un ejemplo relevante de tan arriesgado juego. Porque de la historia dramática de un tiempo crucial y conflictivo, de una encrucijada decisiva en la historia del país (que es el punto de partida de las anécdotas que conforman la trilogía narrativa de Andújar), llegamos a la tensa y compleja materialización literaria de tales decisivas circunstancias» [Rodríguez Padrón, 1976:153].

Y volviendo a Miguel Martínez Aguilar y al mencionado título de su ensayo:

«*Vísperas*, son tres peripecias individuales que acaban en la incertidumbre; por ello, cada una de ellas finaliza cuando se inicia el auténtico problema, cuando queda expuesto el drama, cuando la existencia que los personajes han construido es símbolo de su propia derrota» [Martínez Aguilar, 1989:119].

En conjunto, la trilogía *Visperas* se sitúa en ese ambiente convulso de acontecimientos que se dieron en España desde iniciada la Restauración monárquica (1875) hasta la crisis más profunda de dicha Restauración, escenificada esta en el desastre de Annual (1921), entre cuyos extremos profundiza y sitúan estas tres novelas el drama social de España a través de tres ejes esenciales de su propia conformación económica y su realidad social: la agricultura, la minería y la industria, respectivamente. *Llanura* (1947), *El vencido* (1949) y *El destino de Lázaro* (1959), son tres historias independientes, sí, pero tratadas bajo la unicidad de constituirse en la crónica fiel de las causas y los efectos del drama que significa la escenografía histórica de la anteguerra civil, a través de personajes y situaciones que retratan los defectos de la vida social española, sus corrupciones políticas, su hipocresía en un tiempo dominado por la injusticia social, por el poder de caciques y una oligarquía favorecida por un sistema político desigual e insolidario.

Sin embargo, la trilogía fue escrita entre 1947-1959, desde el exilio mejicano de Manuel Andújar, cuando acá toda la escenografía anterior se había consumado y cuyo desenlace significó la dictadura franquista e irremediamente la pérdida de esa posibilidad de recuperación del diálogo por el que apostaba Andújar. Por tanto, la continuidad del final dramático, «la incertidumbre» antes apuntada con la que acaban esas tres historias, ya era conocida; «los procesos que no llegan a concluir, que se precipitan en el vacío de un inmediato futuro perdido» [Rodríguez Padrón, 1976:154], habían concluido. Las visperas se habían resuelto: trágicamente y de la peor manera posible, con el estallido de una guerra entre hermanos y la dictadura del bando vencedor. Sin embargo, eso lejos de condicionar las tramas argumentales que atraviesan las tres novelas, actúa como potenciador para proponer el análisis objetivado y veraz de «cuando se inicia el auténtico problema» con situaciones que desembocan en lo que vendría después.

Desde mi punto de vista, ese conocimiento de la triste realidad española tras el primero de abril de 1939 que remarca esa frustración de Manuel Andújar, de los republicanos y de los exiliados, de alguna manera también viene a coincidir con la frustración y el miedo de los personajes de *Visperas* en su punto álgido y final. En *Llanura* cuando a Gabriela, su protagonista:

«Le daba miedo meterse en la cama, en aquel mediodía de luz cegadora, y hallarse rodeada de recuerdos lacerantes, sin una gota de esperanza, ya estéril y resignada, como la llanura» (p. 234<sup>1</sup>).

---

<sup>1</sup> En adelante las páginas citadas de la novela *Llanura* se corresponden con la edición de *Visperas* de Alianza Editorial. Madrid, 1987, pp. 11-234.

En *El vencido* con la actitud de los mineros, tras la muerte del «Mellao», con esa postura de «tremenda imprecación» ante la casa de Miguel y de éste ante la luz del día que le daña la vida:

«Miguel cerró puerta y balcón. Le dañaba la luz del día, se hallaba plenamente en el reino de la muerte» [Andújar, 1995:289].

En ambas, la soledad, la frustración, el miedo, la desesperanza, se sitúan en su punto álgido de conclusión. Y el simbolismo: ante la luz del día, plena, llena de vida; las sombras en las que se sumergen los personajes como antítesis de lo anterior. Sombras internas, dolidas, lacerantes, que lo clausuran todo, que lo apagan todo, donde se diluye la esperanza sin resquicio para reiniciar ningún reencuentro, donde late un profundo desencuentro y las heridas profundas que ha dejado el enfrentamiento. La desesperanza, la consumación de la derrota de unos y otros, desde perspectivas diferentes, pero derrotas al fin y al cabo; gentes vencidas por la realidad de sus propias y profundas diferencias que penetran en un camino de vuelta atrás, hacia la resignación y el fracaso, metáforas clarividentes donde no cabe el avance y el entendimiento.

### 3. LLANURA, UNA REFLEXIÓN CRÍTICA SOBRE EL CACIQUISMO RURAL EN ESPAÑA

Ángel Valbuena al comentar *Llanura* insiste en la «verdadera potencia de escritor» de Manuel Andújar y añade que en él «se percibe un recio y auténtico novelista» [Valbuena, 1983: 426]. Centrándonos ya en su entramado argumental, esta novela recoge el ambiente rural de un pueblo manchego «Las Encinas», trasunto verosímil de Viso del Marqués, pueblo vinculado a la biografía de Manuel Andújar por ascendentes maternos.

Gabriela, su protagonista, tras casarse con Alejandro, su primo, se marchan a vivir a la casa de aquel en «Las Encinas», donde Alejandro tiene una hacienda agrícola y es elegido concejal. Opuesto a los tejamañes de Santiago, el cacique del pueblo, es asesinado por los secuaces del cacique local, quedando Gabriela viuda y con cuatro hijos. Esta, lejos de ceder a las presiones del cacique, cría a sus hijos y defiende el patrimonio agrícola familiar con firmeza y dignidad. En esa lucha contra Santiago releva a Gabriela su hijo primogénito Benito, quien tras estudiar en Madrid regresa al pueblo y en cuyo ánimo innovador se perpetúa un afán de justicia y equidad que choca contra las corrupciones políticas del cacique. Derrotado Benito en las elecciones municipales por un pucherazo, se ve

implicado por una estratagema del cacique en el turbio asunto de una muerte, por lo que finalmente será perseguido, enjuiciado y desterrado.

La novela representa la derrota de lo ético frente a la inmoralidad, la dignidad frente a las «normas» mezquinas y sumisas ancladas al pasado y al anquilosamiento social; la capacidad y los recursos evolutivos enfrentados a la avaricia de la posesión de la tierra como sistema hereditario, medieval, masculino y endogámico de perpetuar el poder y el inmovilismo; las convicciones personales frente a la resignación, la sumisión y el predominio hipócrita de las apariencias.

No obstante, esta novela más que descender a la problemática específica y localista de un lugar rural concreto (que también), plantea un problema esencial que trasciende en general a la vida agropecuaria española. «Todos los pueblos tienen su tonto, su puta y su cacique» (pág. 175). Como ocurre con las tres novelas de *Vísperas*, sus respectivos conflictos sociales y tramas argumentales nos remiten a las connotaciones que en España tenían mundo rural, minería e industria, y bajo un efecto de sinécdoque (la parte por el todo); la articulación de sus escenarios concretos se extienden significativamente a las mismas situaciones en cualquier otro lugar del suelo patrio.

Pero Manuel Andújar no trata en *Llanura* el caciquismo desde el punto de vista de cómo se canaliza, qué incidencias y consecuencias tiene en la estructura política formal que afecta a Gobierno, Diputados y Cortes, y el amañado turnismo político de la Restauración entre conservadores y liberales, no, Andújar trata en esta novela el caciquismo descendiendo a ese primer eslabón (o último, según se mire) de una cadena donde el cacique de una circunscripción electoral (un pueblo o ciudad) actúa para amañar los resultados electorales que luego, eso sí, van a alimentar y sostener, en última instancia, a los gobiernos turnistas de los conservadores de Cánovas y los liberales de Sagasta, subvirtiendo con ello el sistema electoral y constitucional bajo una pátina de apariencia democrática. De hecho en el entramado de la novela aparecen en escasas ocasiones las alusiones a Gobernador Civil, diputados, Ministerio de la Gobernación, etc., de cuya mano bebe y a cuyas consignas es obediente el cacique del pueblo. Una de esas pocas veces que se alude a esas instituciones superiores está en el siguiente pasaje:

«Derrotado en las elecciones [Benito], teniendo en contra la influencia del cacique y sus «aldabas» con el diputado, y a través de él en el Ministerio de la Gobernación, el enemigo infló especuladoramente el aspecto sangriento y subversivo de los sucesos» (p. 230).

Manuel Andújar se interesa por analizar el caciquismo desde abajo, y a su protagonista el cacique de un pueblo como ese hombre de trazo grueso «con su camisa de tela basta y su faja negra» (p. 37), «ruda silueta» (p. 38) y «goterón de pringue» (p. 217) pero de filo hiriente, lengua ácida, gesto ufano y acciones coercitivas para «apañar» las repercusiones de su influencia, artimañas, autoridad y dominio. En este sentido el cacique en *Llanura* está tratado desde dos criterios fundamentales y en este orden:

#### 1. EL CACIQUE COMO ELEMENTO PARA MANTENER LA HEGEMONÍA DE UN SISTEMA DE PODER OLIGARCA

El cacique era un oligarca local cuyo poder procedía de sus propiedades rurales. Representaba el poder absoluto sobre una administración local; primera unidad grupal, social y esencial para mantener a toda costa la obediencia a un sistema político y a su orden ideológico y hegemónico. Es decir, el cacique mantenía el poder y control sobre los ciudadanos que conforman una sociedad local y rural como medida de gobierno. Se siente dueño de haciendas, voluntades y conciencias. Su lema es «para los enemigos la ley, para los amigos el favor». Según Manuel Tuñón de Lara, el caciquismo era un residuo del feudalismo en el esquema de una sociedad y un país mayoritariamente y de gran propiedad agraria, como lo era la española entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX; y el medio de extensión del poder central en las provincias ante el subdesarrollo de mecanismos de control local más democráticos y modernos [Tuñón de Lara, 1974].

El cacique, por tanto, era un prohombre que ejercía su liderazgo político, social, económico..., su poder e influencia comprando lealtades, haciendo favores, proporcionando trabajo a los jornaleros agrícolas, promoviendo social y económicamente a sus amigos y fieles a través del amañado, la corrupción, la malversación de fondos públicos, creando una red impenetrable de «amigos». De los caciques dependía que las familias trabajaran, pagaran pocas contribuciones o vivieran en la miseria y murieran de hambre. E incluso empleando métodos subterráneos mediante presiones, con amenazas y violencia contra aquellos díscolos que se resistían a obedecer sus designios y decisiones, haciéndole la vida cotidiana imposible y aislándolos de la vida social, caso de la protagonista de la novela, Gabriela y de su hijo Benito.

Para ello controlaba el Ayuntamiento nombrando alcalde, de manera que cualquier trámite burocrático y administrativo debía pasar por sus

manos para resolverlo rápidamente o complicarlo, según quién fuera el peticionario y si este se sometía o no a sus intereses; distribuía las contribuciones o impuestos municipales cargando a los enemigos y favoreciendo a los fieles, etc. Para ello se rodeaba de las «fuerzas vivas» del pueblo y estas le obedecían, caso del alcalde, el párroco, el maestro, el juez y la Guardia Civil, contrapartida que el Gobierno protegía por su sumisión electoral. Manuel Andújar define bien este aspecto en este pasaje de la novela:

«Santiago es uña y carne del diputado conservador. Nombra a su anejo tanto al sereno como al juez municipal, en las elecciones gana el que le gusta, maneja a su albedrío a los concejales, esos títeres. ... En la rebotica se cuecen los pasteles. Y él se aprovecha, engorda la hacienda. Engaña. Con su camisa de tela basta y su faja negra –se la conozco de zagal– no le cabe el oro en el calcetín» (p. 37).

Como también define bien, en diversos pasajes de la novela, el amañado, la corrupción, la malversación de fondos públicos, etc., que pone en marcha el cacique para beneficio propio o para beneficio y favor de sus amigos. La novela está trufada de escenas que exponen dicha calaña. Es el caso del fragmento en el que alude a la subasta y venta de unos terrenos propiedad del Ayuntamiento que, con la excusa de construir una fuente en la plaza del pueblo, acaban pasando a propiedad del cacique:

«La operación se llevó a cabo con las tradicionales martingalas legalistas, un hombre de paja del cacique –porque no hubo postor que pujase, que nadie se mete en la boca del lobo– compró a vil precio la propiedad...» (p. 46).

Otro ejemplo más:

«El enjuague para quitarle a don Arturo [médico del pueblo y amigo de Gabriela y su familia] el sueldo del Ayuntamiento y dárselo al hermano de Jilguero, otro de la taifa. El alquiler y cuentas infladas con que se subvencionaba a la escuela y que el más lerdo sabía a dónde iba a parar, al tocador de Verónica, la mujer del cacique, para alfileres. Que Santiago sufragaba así, galanamente, los gastos menores de su familia» (p. 154).

## 2. EL CACIQUE COMO ESLABÓN DIRIGISTA AL SERVICIO DEL PODER POLÍTICO Y DE SU FRAUDE ELECTORAL

Como es obvio ese entramado clientelar entre el líder y el pueblo, en última instancia tenía un objetivo esencial y principal: condicionar el sentido del voto de los electores y obtener los resultados apetecidos para

su partido político. En sus manos estaba la manipulación de los votantes para que en su circunscripción ganara la lista electoral prediseñada, para lo que recurría a todas las fórmulas posibles:

- Manipulación de los censos de electores (en los que se incluían a personas fallecidas que «ejercían» el voto, o se excluían a vivas no simpatizantes con la lista electoral).
- Coaccionando a los votantes mediante la presión o la violencia.
- Comprando votos a cambio de promesas y favores: prometiendo empleos en el Ayuntamiento o en labores agrícolas; solucionando pleitos judiciales a favor y trámites burocráticos pendientes; librando a los amigos del servicio militar mediante la simulación de inutilidad física o el pago de la redención, etc.
- Cambiando las urnas con las papeletas o las actas de los resultados electorales.

En el entramado de la novela *Llanura* todo eso queda expresado con nitidez en varios pasajes:

«Intenté votar a mi antojo en las elecciones y resultó que mi nombre no estaba. ¡Que casualidad! Y les grite: ¡Esa es vuestra democracia, paniaguados? Y los asuntos se enredaron, desde aquel arrebato mío» (p. 152).

«Aquella demostración los obligó a multiplicar el chanchullo, el pucherazo, la coacción. Yo, ingenuo de mí, me escandalizaba de los abusos. ¡Como si en toda España no ocurriera lo propio! (...) De nada sirvieron las actas de protesta, la marea de indignación. Nos derrotaron en el recuento oficial» (p. 208).

#### 4. EL CACIQUISMO COMO BASE DEL «TURNISMO» EN LA ESPAÑA DE LA RESTAURACIÓN

Para precisar y comprender la importancia del caciquismo, lo que significó y su alcance, es conveniente que nos detengamos aunque sea brevemente en analizar el contexto sociopolítico en el que se dio la Restauración. Para lograr restaurar la monarquía borbónica Cánovas se apoyó en la Constitución de 1876, una Constitución influenciada por él en la que quedaron recogidos los criterios que venían a exponer y recoger su pensamiento político. El sistema de poder con el que cobró naturaleza la Restauración se articulaba en dos instituciones avaladas por la historia: el Rey, que encarnaba la soberanía y detentaba la máxima autoridad; y las Cortes, depositarias de la libertad.

«La institución monárquica representaba una legitimidad situada por encima de las determinaciones legislativas, tanto de carácter ordinario como constitucional» [Tomás Villarroya, 1975:122].

Sin embargo, aquel sistema político de funcionamiento debemos subrayar respondía a realidades que no estaban escritas en la Constitución, caso de la elección de los parlamentarios para el Congreso de Diputados elegidos por sufragio censitario<sup>2</sup>. Este tipo de sufragio se mantuvo hasta 1890 y desde entonces por sufragio universal masculino, con todas las connotaciones fraudulentas que estamos viendo recayeron sobre el caciquismo.

Si en la ciudad, la aristocracia había conservado su clientela urbana mediante la caridad y el favoritismo, repartiendo mercedes entre las familias de los votantes cuyas necesidades conocían, en las zonas agrícolas el predominio del sistema caciquil sería la nota dominante. La red clientelar del caciquismo estaba extendida por todo el país como un hecho característico del mundo rural, aislado y mal comunicado. Pero una red clientelar obediente a instancias superiores, con esa estructura piramidal que con base en el cacique trepaba hasta las Cortes a través de una cadena de la que formaban parte, y en este orden, Gobernador Civil, diputados provinciales, Ministerio de Gobernación y Gobierno, completando un círculo cerrado que se retroalimentaba a sí mismo y cuya polarización daba en cada momento los resultados electorales apetecidos por el mecanismo de «encasillado»<sup>3</sup> como método de fabricar una representación parlamentaria mayoritaria. Como es lógico este sistema electoral fraudulento, acaudillado en primer término por el cacique local, aseguraba un Gobierno estable y turnista bajo la pátina de una apariencia democrática:

---

<sup>2</sup> El sufragio censitario o sufragio restringido fue un sistema electoral, vigente en diversos países occidentales entre fines del siglo XVIII y el siglo XIX, basado en la dotación del derecho a voto sólo a la parte de la población que contara con ciertas características precisas (económicas, sociales o educacionales) que le permitiera estar inscrita en un «censo electoral». El sufragio censitario se contraponía al sufragio universal, que no establece condiciones salvo mayoría de edad y la ciudadanía (aunque hasta el siglo XX estaba limitado al sufragio masculino). Conf. en: [enciclopedia.us.es/index.php/Sufragio\\_censitario](http://enciclopedia.us.es/index.php/Sufragio_censitario).

<sup>3</sup> El procedimiento era que el rey encargaba la formación de un nuevo gobierno al jefe del partido que le tocaba gobernar en turno y ordenaba la disolución de las Cortes. El jefe de gabinete convocaba elecciones con el objetivo de construirse una mayoría parlamentaria para gobernar de manera estable. Desde el ministerio de Gobernación se confeccionaba el «encasillado» o listas de diputados que deberían salir elegidos y ganadores en cada distrito. Estas listas encasilladas se entregaba a los gobernadores civiles de cada provincia para que impusieran la lista en los ayuntamientos a través de los caciques locales o provinciales, quienes recurrían a la manipulación fraudulenta de las elecciones y el pucherazo para que se dieran los resultados electorales apetecidos. Es decir, se invertía el sistema ya que el rey no se atenía a los resultados electorales expresados en las urnas para designar al presidente del gobierno y que este formara gobierno.

«De esta manera la línea de inducción no funciona del electorado a las Cortes; sino del gobierno al electorado, quedando subrogado el mecanismo del sistema constitucional parlamentario por otro mecanismo real: el que establece el engranaje entre una estructura social real –caciquismo– y una estructura política formal –Gobierno, Cortes– que funciona independientemente de lo que el texto constitucional presenta como clave: el cuerpo electoral» [Tusell Gómez, 1976].



Viñetas aparecidas en las revistas de la época caricaturizando el fraude del sistema electoral  
(En <http://el-liberalismo.com/ver-oir-leer/fraude-electoral-y-caciquismo>)

El turno fue una falsificación del sistema parlamentario, alimentado por el pacto de los partidos Conservador (liderado por Antonio Cánovas del Castillo, hasta su asesinato en 1897) y Liberal (liderado por Práxedes Mateo Sagasta, hasta su muerte en 1903) que ejercieron en alternancia desde iniciada la Restauración hasta el comienzo de la Dictadura de Miguel Primo de Rivera en 1923. Ambos partidos eran leales a la Corona, liberales y próximos en ideología. El partido de Cánovas estaba constituido por la burguesía latifundista y financiera, la aristocracia y la jerarquía católica; de carácter autoritario y defensores del orden social y público, además de los valores establecidos por la Iglesia. Los liberales de Sagasta estaban constituidos por la burguesía industrial y comercial, profesiones liberales y funcionarios que abogaban por las reformas sociales, la educación y un cierto laicismo, pero desde ese control sujeto al turno-

mo. Y ambos partidos se turnaban en el gobierno de la Nación, actuando alternativamente de gobierno y oposición, respectivamente, respetando las leyes que cada uno de ellos elaboraba durante su etapa de gobierno. Mediante dicho sistema ninguno de los partidos quedaba excluido del poder.

«En esas condiciones el Gobierno parlamentario es claramente una ficción. Pero una ficción que dio un pasable juego durante un cuarto de siglo, mientras Cánovas y Sagasta mantuvieron la hegemonía casi indiscutida de dos grandes partidos que aceptan las reglas del juego como un compromiso político de honor» [Sánchez Agesta, 1984:342].

Esto tenía dos objetivos esenciales: uno, monopolizar los cargos de la administración y los escaños en Cortes, impidiendo a toda costa que los partidos de tendencia obrerista y los republicanos alcanzaran el poder; el otro objetivo, era el ejercicio del poder en beneficio de las clases dominantes a las que representaban, manteniendo así la protección a la monarquía, la oligarquía dominante y los intereses de esa clase privilegiada y poderosa: aristócratas, grandes fortunas, burguesía financiera e industrial, ejército, iglesia. El resultado de todo eso fue un sistema electoral ajeno a la voluntad de la mayoría de los españoles, una administración ineficaz y una justicia al servicio de los poderosos.

Como vemos, la intención y profundidad con que Manuel Andújar aborda en *Llanura* el caciquismo tiene un alcance de realidad nacional con un trasfondo de significativa trascendencia que va más allá de lo puramente local, aunque una localidad concreta «Las Encinas» sea la base del relato: «Un enemigo que era porción de todo un sistema, vasto, ramificado» (pág. 231). Y esto viene a expresar lo que comentábamos antes: la significación literaria y novelada de Andújar en torno a una profunda indagación histórica y preocupación moral por la realidad de España, sin falsos convencionalismos.

De hecho, todo ese sistema político y electivo fue criticado abiertamente por los intelectuales de la época, plenamente conscientes de lo que sucedía. Uno de estos fue el político, jurista, economista e historiador español Joaquín Costa Martínez (1846-1911), uno de los representantes del movimiento intelectual conocido como Regeneracionismo, quien denunció clara y abiertamente la corrupción del sistema político canovista durante la Restauración borbónica. Su libro *Oligarquía y Caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1901), es todo un alegato crítico contra un sistema de poder de apariencia parlamentaria y elección democrática, cuando en realidad estaba sustentado

en el caciquismo, al que Joaquín Costa llamó «la verdadera constitución de España». La pluma de Costa a este respecto es clara como el agua y precisa como un minuterero:

«Ahí tenéis, señores, eso que pomposamente llamamos «España democrática» (...) el régimen político de la nación; a un lado, un millar de privilegiados que acaparan todo el derecho, que gobiernan en vista de su interés personal, confabulados y organizados para la dominación y la explotación del país, siendo más que personas *sui juris*; a otro lado, el país, los 18 millones de avasallados que viven aún en plena Edad Media, para quienes no ha centelleado todavía la revolución ni proclamado el santo principio de la igualdad de todos los hombres ante el derecho. Régimen de pura arbitrariedad, en que no queda lugar para la ley: acracia, si se mira desde el punto de vista de la nación (...) Con esto, llegamos como por la mano a determinar los factores que integran esta forma de gobierno y la posición que cada uno ocupa respecto de los demás.

Esos componentes exteriores son tres: 1º Los *oligarcas* (los llamados primates, prohombres o notables de cada bando, que forman su «plana mayor», residentes ordinariamente en el centro; 2º Los *caciques*, de primero, segundo o ulterior grado, diseminados por el territorio; 3º El *gobernador civil*, que les sirve de órgano de comunicación y de instrumento. A esto se reduce fundamentalmente todo el artificio bajo cuya pesadumbre gime rendida y postrada la nación.

Oligarcas y caciques constituyen lo que solemos denominar clase directora o gobernante, distribuida o encasillada en «partidos» [Costa Martínez, 1982: vol. I, 56-57]

El caciquismo, pues, determinó una forma de vida y control coincidente con un feudalismo medieval y por esto mismo anquilosada al pasado y en el que sólo cabía atraso, analfabetismo, obediencia, pobreza, dependencia y miseria, creando esta estructura de poder a nivel local extendida por las veredas y caminos polvorientos de la España del siglo XIX, cerrada en ese tradicionalismo hermético donde se consuman este tipo de procedimientos.

## 5. LLANURA: ¿REALIDAD NOVELADA O REALIDAD REAL?

Sabemos que Manuel Andújar parte para su escritura de una experiencia previa que aunque no forma parte directamente de su biografía sí de sus recuerdos y vivencias:

«El artista, a la vez que efectúa una introspección de sí mismo, de su mundo infantil y adolescente, de sus escenarios vitales, rastreando en ellos las raíces de sus conflictos, de su realidad presente, está realizando un análisis autónomo, objetivado que traspasa lo personal para acceder a lo colectivo (...) La capacidad de fabulación de Manuel Andújar está perfectamente anclada en su propia realidad, vigente en su persona y en su patria, pues su investigación, de una nobleza y claridad meridiana, no esconde ni falsea datos, sino que reconstruye minuciosamente, con fidelidad estremecida» [Conte, 1987:38-42].

La objetividad del relato de *Llanura* en particular y de *Visperas* en general, está próxima a la realidad, en el caso de que no represente la realidad misma, «la exploración de la entraña española» que decía Conte, quien en su prólogo a *Visperas* precisa este aspecto:

«Este realismo de Manuel Andújar (...) está elaborado a través de la construcción de símbolos morales, personajes o anécdotas que atravesando su propia significación real, se configuran como elementos de un juicio ético» [Conte, 1970, 12-13].

Rodríguez Padrón avisa de ese riesgo que Andújar resuelve con éxito:

«Manuel Andújar va mucho más allá, arriesgando cuanto tiene en la jugada más peligrosa, y por ello más positiva: crear unas ficciones a partir de determinadas peripecias individuales, y lograr que sean esas ficciones, por sí mismas y no por sus nexos más o menos reconocibles, las que sirvan de irrefutable testimonio de aquel punto de partida» [Rodríguez Padrón, 1976:153].

Los libros de investigación histórica que ha profundizado sobre las temáticas y los acontecimientos que plasma Andújar en *Visperas* —el caciquismo, la minería y la industria— han demostrado que Andújar sondea la realidad pura y dura en sus novelas. Una realidad objetivada, determinante. Andújar no gira o trastoca en ningún momento el curso de los acontecimientos, estos vienen dados por su propio desarrollo en exacta coincidencia con los hechos reales. Andújar conoce perfectamente el paño que trata en cada caso y en cada obra. En un anterior trabajo mío de crítica literaria sobre otra novela de la citada trilogía, concretamente *El vencido*, ya demostré con datos y cifras extractados de la investigación histórica, la precisión milimétrica con que Andújar aborda y se ajusta a la temática de la minería, sin desviarse un ápice en la descripción real de su entorno, problemática, situación social, realidad durísima y dramática de accidentalidad, condiciones de vida, costumbres, etc. [Martínez Aguilar, 2014].

Con *Llanura* ocurre lo mismo. Como si los personajes que crea Andújar delinearán en carne viva su propia existencia, desde esa omnisciencia del autor. Y ese realismo, como es obvio, no pasa desapercibido para todos los que de alguna manera se han acercado a la obra de Andújar, en general, y a *Visperas* en particular, hasta constituirse en un elemento de clave destacada, como ya quedó reflejado antes y reaparece en todos los estudios sobre su obra. Otro ejemplo más de esto que decimos:

«Él, que siempre plasmaba sus creaciones con elementos realistas; que buscaba en la tierra, en sus hombres y en sus luchas, los fundamentos de su obra; que asía sus caracteres con la fuerza de la gravedad telúrica, ceñido y circunscrito a las cosas concretas y casi comprobables (...) tratando de buscar la verosimilitud hasta en su medio de expresión» [Aguilera Malta, 1969: 8].

Aunque el caciquismo, como vimos, se extendió por toda España con similar virulencia y dramatismo, hay un trabajo de investigación muy interesante titulado *Del caciquismo trágico (Historia de infamias)*, que también en el escenario manchego (la población de Argamasilla de Calatrava, villa situada en los lindes del Campo de Calatrava y muy cercana a Puertollano), recoge el tempo y las situaciones de parecido calado que trata Andújar en la novela aquí de nuestro interés, viene a exponer crudamente el caso real de cómo un clan de oligarcas, la familia Rosales, su vasto patrimonio, les permitía ejercer un control exhaustivo de la sociedad agraria en la que vivían desde el comienzo de la Restauración, con todas las connotaciones caciquiles antes comentadas:

«Los Rosales son un ejemplo de la elite económica que crea la revolución liberal. Procedentes de la pequeña nobleza no titulada consiguen elevar su posición social gracias a los resortes que crea el liberalismo, al que apoyan decididamente desde un primer momento. No obstante y una vez consolidada su posición económica y social, van evolucionando hacia posiciones cada vez más conservadoras, que culminarán en la II República con el apoyo decidido al partido radical, a la CEDA y al golpe de Estado de julio de 1936.

Una familia con una larga trayectoria, que comenzó el siglo XIX abrazando la causa liberal y que ha protagonizado, en buena parte, la historia, muchas veces trágica, de la historia contemporánea de Argamasilla» [Del Valle Calzado, 2010: 43, 50-55].

Este libro recoge la investigación del asesinato, por parte de los secuaces de la familia Rosales, del secretario del Ayuntamiento y abogado, Heliodoro Peñasco Pardo, líder del partido radical capaz de oponerse políticamente al cacique Rosales, y cuyo éxito en la acción política y el

incremento de su prestigio en Puertollano y Almadén suponían una evidente erosión del poder del cacique, que este decidió atajar con el asesinato de Peñasco Pardo el 24 de marzo de 1913.

Realidad que viene a coincidir con el asesinato que Santiago, el cacique novelado, intenta sobre Benito como última medida contra quien intenta enfrentarse a él y poner en entredicho su poder. Muerte que primeramente se hace realidad en la novela sobre Alejandro, padre de Benito, y finalmente también ocurre sobre Paquito, amigo y simpatizante político de Benito. Es el caciquismo en su máxima dimensión de tragedia.

## 6. LA INVOLUCIÓN Y EL ESTANCAMIENTO, TRASFONDO DE LLANURA

En el trasfondo de *Llanura* late una cuestión esencial que identifica a la sociedad de la época: la involución. Una involución como defecto histórico, incapaz de adaptarse a los movimientos de modernidad y contemporaneidad que llegaban desde Europa con la revolución industrial; una involución que con anterioridad ya había supuesto el fracaso del liberalismo constitucional y el fallido intento democratizador del Sexenio Democrático y que algunos años más tarde, en 1913, dibujada aquella España que definiría Antonio Machado en su poema «El mañana efímero», dentro de su libro *Campos de Castilla*:

«...de charanga y pandereta,  
cerrado y sacristía,  
devota de Frascuelo y de María  
(...)  
Esa España inferior que ora y bosteza,  
vieja y tahúr, zaragatera y triste;  
esa España inferior que ora y embiste,  
cuando se digna usar la cabeza».

Esa involución está recogida en la novela *Llanura* bajo varias formas:

Anclada a un tradicionalismo anquilosado, hermético; regida por pautas y conductas sociales obedientes a un destino sojuzgado. Es el caso de la propia Gabriela que debe acceder a casarse con su primo, Alejandro, por conveniencia familiar e imposición paterna, por lo que debe renunciar a su deseo de estudiar:

«La hija de un administrador de condes no debe mezclarse con las desvergonzadas estudiantes de hoy, que se muelen las pestañas con libros de ideas sociales y no sé cuantas pretensiones más. Bien está esa moda para Francia. ¡Lo que es en España! ¡Todo el mundo me pondría de vuelta y media! Aprende a estirar las sábanas, como Dios manda» (p. 15).

Basada en el estancamiento social y sobre un sentimiento de medievalismo supersticioso y católico a ultranza. Observemos este pasaje de la novela:

«—¡Presiento una desgracia gorda! ¡Es por nuestros pecados!

La gente se impresionó porque la Sinforosa gozaba de amplia fama de vidente, pronosticaba enfermedades y riñas, malos partos y muertes airadas. Se concibe... ¡Con esa carátula de pellejo claveteado la profecía es siempre siniestra!

De allí no había quien la levantara y los paseantes se agolparon a su alrededor. A todos, en un santiamén, se les antojaba que el día se entoldaba de torvos augurios y lo que por la mañana reputaban normal se les trastocaba ahora un presagio herido.

(...)

Mientras la Sinforosa, inmóvil, continuaba sus letanías.

—¿No oís ese zumbido de almas en pena? ¿No lo oís?

Alguien, visor y timorato, aventuró:

—Debíamos avisar a don Zoilo [el cura]. ¡Que la ayuda de Dios nos asista!»

(pp. 169-170).

O esa involución inherente a la propia definición de caciquismo por intereses propios de dominio, en la que está inmerso ese juego estanco que hace dóciles, sometidos, disciplinados y dependientes a los pueblos. Es decir: el analfabetismo, la ignorancia, la falta de modernización de las estructuras económicas, la incomunicación, la negación de la necesaria reforma agraria, las altas tasas de mortalidad, la pobreza y la mendicidad como un mal divino, el mantenimiento de la esclavitud en Cuba, el desprecio a las exigencias emergentes de derechos laborales de la clase obrera, etc. Recordemos la frase del propio Cánovas: «Las desigualdades proceden de Dios». Síntomas de garantía del mantenimiento de prebendas y privilegios que acuñaba un sector social nucleado, apegado y dirigente de la Banca, las empresas y la industria, y en cuya permanencia latían terratenientes, grandes fortunas, grandes arrendatarios y comerciantes, la iglesia, la aristocracia, la burguesía de los negocios, etc. Ese sector que, precisamente, nutrió de partidarios el bipartidismo de los grandes partidos turnistas del poder.

«Hoy arremeten para el reparto de las tierras comunales; mañana exigirán que la canalla se apodere de nuestras propiedades. ¡Esos demócratas, esos del... moco atrás!» (p. 199).

Una involución retenida en la vida rancia y anodina del pueblo, como expone Benito:

«El Casino me fastidiaba. A no ser para jugar, carecía de atractivo. (...) sus contertulios de gesto embotado, con su mangoneo vocinglero de naipes. Con la copa de anís servían un cafetucho aguado y a base de estos ingredientes se pasaban las horas. Estaban suscritos al periódico de la capital de la provincia y no se encontraba un libro ni de milagro. La tónica de la conversación era aún menos hospitalaria (...)

Una sola vez fui al Casino y salí de estampida. Se estaba mejor en el campo o dando vueltas por las callejas» (pp.149-150),

Un ambiente insulso, dormido, banal «de parloteo tan imbécil y sin gracia» que aburre a alguien acostumbrado a la agitada vida madrileña y añora la tertulia de los debates políticos, «la última novela de Galdós y el drama que se ha estrenado y las teorías de Darwin» (pág. 150). En tanto Benito añora todo eso, lee a Costa «que me excitó, aún más que la propia realidad, la curiosidad por las cuestiones agrarias» (pág. 183) (suponemos que se trata de las obras de Joaquín Costa, antes referido) mientras traza en su imaginario la idea de un programa de reforma agraria en el intento de mejoras y progreso para el pueblo:

«En mi criterio, el camino a seguir era el siguiente: considerar caducas las concesiones, algunas transferidas ya como privadas; dar las tierras en parcelas no acumulables, prohibiendo que al cabo del tiempo se concentrasen subrepticamente, a los habitantes que carecían totalmente de propiedad; obtenerles créditos para iniciar las faenas y con los ingresos de los arrendamientos, digámoslo así, emprender obras de pavimentación, saneamiento, traída de aguas y mejor dotación escolar» (p. 184).

El enfrentamiento, pues, está servido en la novela con dos posiciones antagonistas y enfrentadas en los antecedentes familiares, en lo personal, en lo político y en lo ideológico. Veamos estos dos pasajes:

«... ¿Es que apoyarán la candidatura de los liberales, contra Santiago? Mucha audacia es.

—Mal la informaron. Benito, yo y algunos amigos no le sacamos a nadie las castañas del fuego.

—¿Qué es lo que pretenden, entonces?

—Pues la mar de sencillo. Acabar con el mangoneo, que el Ayuntamiento lleve cuentas honradas, que las que fueron tierras comunales no

beneficien a los «gordos» sino a los pobres con hambre de trabajar» (p. 193).

«Y al mozo le sobran energías y desparpajo. No pueden achacarle envidia, o codicia, o falta de estudios.

–¿Y cree usted que Santiago se cruzará de brazos?

–Ni por pienso. ¡Menudo es! No sé con qué artimañas se defenderá, como gato panza arriba. Pero es cuestión de arriesgar. Se gana o se pierde.

(...)

–¡Se acabó la tranquilidad! –dijo doña Gabriela» (p. 194).

En ello está implícito el enfrentamiento de las dos Españas: evolución/involución, renovación/estancamiento, progreso/conservadurismo...

Una involución que en lo local se sustentó desde abajo-arriba en el caciquismo; y desde arriba-abajo entre la composición oligarca de los propios partidos que gobernaron el país durante la Restauración. Esa involución contra la que se posicionó una vanguardia de intelectuales identificados bajo el nombre de Regeneracionistas que intentaban difundir la necesidad de regeneración del país con propuestas progresistas y adecuadas al contexto de Europa, caso del comentado Joaquín Costa con su conocido lema «Escuela, despensa y siete llaves para el sepulcro del Cid» y que tenían como objetivo incorporar a España a los cambios en el orden económico, a las políticas de expansión y al «espíritu civilizador que agita a todas las naciones europeas», pero que lejos de ello se anquilosó y enrincó en la Dictadura de Primo de Rivera ante la emergente liberalidad que venían proponiendo y exigiendo socialistas, republicanos, anarquistas... Una involución que la II República pondría en entredicho con toda esa pretendida gama de reformas que truncó la Guerra Civil.



Aspecto exterior y detalle interior (actual) del palacio de don Álvaro de Bazán, en el Viso del Marqués, al que se alude en diversas ocasiones en el paisaje de la novela como el Palacio (pp. 28, 40-41)

## 7. GABRIELA, LA CONTRAPOSICIÓN DE UNA MUJER EN UNA SOCIEDAD MASCULINIZADA

La galería de mujeres que aparecen en *Llanura*, en general, representan el papel que la sociedad de aquel tiempo otorgaba a la mujer. Pueden ser y son amas de casa doblegadas a la voluntad del varón (Eustaquia), por el matrimonio y la maternidad (Rosalía); resignadas al esquema familiar en su papel de hijas (Jacinta); criadas o sirvientas (Clotilde), amantes más o menos refinadas (Araceli), jóvenes más o menos «ligeras de cascos» (Alberta); farsantes y criticonas (Casilda), sumisas a la iglesia y la oración... Tendrán más o menos influencias sobre los varones (Verónica) pero sin llegar a romper nunca el papel social y los esquemas a las que quedan reducidas sus actividades: «Las decentes, quebradas las piernas y entre sus cuatro paredes» (p. 18). Y más acentuado aún en una entidad agropecuaria pequeña, cuya antropología define con más clarividencia los roles de la mujer hasta la intrascendencia: «El destino de la mujer es callar, hacer de tripas corazón» (p. 99).

El posicionamiento de Manuel Andújar contra esa involución está latente en la novela otorgando a una mujer, Gabriela, el protagonismo de un destino que no ha elegido pero que se abre ante ella y sabe debe aceptar. Y lo hace con serenidad, entereza y determinación, en el que está presente el enfrentamiento a un sistema social y político injusto, discriminante y masculino. Un posicionamiento que también se sustenta en el hecho mismo de que sea una mujer quien lleve las riendas de una empresa, la responsabilidad de un negocio, la gestión de su explotación agrícola. Algo que chocaba abiertamente contra la mentalidad retrograda y machista en un ambiente rural, social y pueblerino, masculinizado en extremo.

«Era simplemente, una lealtad, el deseo de mantener los cimientos de su fortuna, de encarrilar a los pequeños. Y también, allá en lo hondo, un sañudo desprecio hacia el pueblo y la parentela, que ella ignoraba orgullosamente» (p. 59).

Una mujer que da órdenes a sus labriegos, organiza las faenas y la fuerza del trabajo, lleva la administración de su hacienda rural, se instituye en la cabeza visible de un modo de jerarquía y vigila y protege sus propiedades, sus intereses y a su familia, aunque para ello, llegado el caso, tenga que coger una escopeta para enfrentarse con osadía a los reconocidos matones enviados por el cacique para amedrentarla y turbar su vida (pp. 102-104), expresando con eso una voluntad férrea de determinación y decisión que choca y se enfrenta a las críticas hipócritas en

una sociedad en la que todo lo anterior cae bajo patrones estandarizados en la masculinidad.

«Esta casa no se deja, ni la tierra se vende, ni a los hijos se les impone un padre, por decente que sea (...) Nada de afuera me interesa. De nadie. En este sitio, Dios mediante, moriré» (p. 74).

«Reza, confiesa y comulga, pero si se le hinchan las narices capaz es la madreña de lanzar una rociada de plomo al más pintado» (p. 118).

Y es ese personaje de Gabriela que presenta Manuel Andujar, su fuerza y la actitud de entereza de una mujer recalando y plantando cara a un mundo dominado por los hombres, lo que otorga a la novela el primer posicionamiento de evolución frente a los convencionalismos de la época. Una evolución confirmada en el apoyo que Gabriela otorga a su hijo Benito, primero para que estudie en Madrid; después, en su lucha contra el inmovilismo y la sumisión:

«En Benito se veía reflejada [Gabriela], en él cifraba sus esperanzas, extravagantemente imbuidas del ansia de desquite y de una ilusión sin freno de indeterminada gloria» (p. 111).

## 8. EL ESCENARIO MANCHEGO

Las tres novelas de *Vísperas* se sitúan en escenarios reconocidos en la biografía de la niñez y juventud de Manuel Andújar. *El vencido*, cuya geografía aunque se sitúa en una localidad minera sin determinar, fácilmente se puede deducir, a través de la recreación de sus paisajes, que los lugares que sirvieron de inspiración al autor se localizan en el coto minero La Carolina, El Centenillo y Linares. *El destino de Lázaro* tiene como escenario, aunque no se cita, la costera Málaga, en cuya ciudad Manuel Andújar vivió entre 1921-1932 y cursó estudios de primera y segunda enseñanza, y continuó Peritaje Mercantil en su Escuela de Comercio. *Llanura* desarrolla su drama en el ambiente y la vida rural en los campos y los pueblos manchegos de Ciudad Real, tierra natal de la madre de Manuel Andújar, en concreto en un pueblo, «Las Encinas», trasunto verosímil de Viso del Marqués, algunos de cuyos detalles característicos de su arquitectura van quedando reflejados en el relato.

El paisaje manchego cobra una especial significación en la novela desde la primera descripción, ya que condiciona a los personajes y la relación entre ellos y con la tierra. Su aridez y despejada lontananza en relato algo barroco, pareciera escogida a propósito para dibujar la posición del

hombre frente al infinito de la vasta llanura y la sequedad de una España áspera, dolida, decrepita, como ya ocurriera con el dibujo en crisis de los noventayochistas.

«La llanura, mezclanza de pardas sábanas y tallos chamuscados, con un cielo áspero que raspaba las humildes testas de las asentadas colinas, se desenvolvían con giro abrumador. Piaban los colores rotundos de las amapolas en los sembrados melancólicos y escuetos, el vuelo de los pájaros se producía como un milagro extemporáneo, con densos intervalos en que la atmósfera seca se tambaleaba de apiladas ausencias. Habían dejado atrás los campos de viñedos en que las cepas escualidas, siniestras, semejabán repelentes muñones de la planicie» (p. 24).

Las descripciones del pueblo y su caserío con «su rugosa cáscara de caracol. De lejos sus casas se enrojecían en los reflejos del barro cocido y de las piedras acastañadas, con pelusa, exhalando un vaho de horno» (p. 27); «el pueblo es una joroba de la llanura. Se acurruca pardamente, con su masa de tejas cascadas, en el verdor ceniza de sus árboles delgaduchos» (p. 52). Sus rincones, sus campos, su horizonte, los sembrados y majuelos: «La llanura se estiraba infinita, con refulgir rojizo en la tierra arada, con verdiamarillo resplandor en los sembrados, un trazo violeta el horizonte. En forma de corpiño, con transparencia de veteados azules, sonreían tibiamente las colinas, irreales por el conjuro de la distancia» (pág. 138), dota el relato de una paleta cromática cuyos trazos esbozan la plenitud de una acuarela impresionista.

## 9. ESTRUCTURA DE LA NOVELA

Dentro de la omnisciencia que adopta Manuel Andújar en *Llanura* y de la estructura capitular continuada de su relato lineal (13 capítulos), considero esta novela dividida en dos partes, ejerciendo el capítulo VIII como inicio de la segunda parte. Desde mi opinión justifico esta división en la consideración de varios aspectos:

Hasta el capítulo VII el protagonismo central de la novela corresponde a Gabriela y sus vicisitudes en la decisión de aceptar su propio destino: desde su boda con Alejandro y el asesinato de este; su determinación al frente de la hacienda rural heredada; la crianza y educación de sus hijos y el enfrentamiento a Santiago y sus bravucones satélites en el intento (no conseguido) de amedrentar a Gabriela para que reniegue de sus propiedades. En estos capítulos se muestra la figura del cacique como un elemento para mantener la hegemonía de un sistema de poder oligarca.

Si hasta el capítulo VII el enfrentamiento Gabriela-Santiago no pasa de ser una pelea particular con connotaciones egoístas, camorristas y de engréido poder por parte de Santiago y sus secuaces, es a partir del capítulo VIII cuando el eje de la novela descansa en Benito, en esa especie de relevo generacional que viene a continuar el enfrentamiento de su madre, Gabriela, con Santiago. Y es en esta parte, los capítulos VIII-XIII, en los que Manuel Andujar, coincidiendo más o menos con la mitad capitulada del libro, desarrolla y resolverá el aspecto más político del asunto y en los que completa la cacicada más sonora y último fin del cacique: el fraude electoral. Es decir, el cacique y el caciquismo como eslabón dirigista al servicio del poder político y de su fraude electoral.

Hay otros dos aspectos significativos de ese fin y ese comienzo de dos partes en el capítulo VII que pienso también actúan de partición del libro:

- La resolución del conflicto anterior con las amenazas sobre Gabriela, que queda expuesta hacia el final del capítulo con la confesión de Eustaquia en su lecho de muerte, diciéndole a Gabriela quienes eran los protagonistas que intentaron arruinarla y robarle: Jilguero y Pedro. Y ambos están muertos: «Y es que la Providencia los castigó (...) Tú venciste» (p. 142), le dice Eustaquia a Gabriela. Es decir, la muerte como metáfora de un capítulo finalizado. Sin embargo, Gabriela ha vencido, pero es una victoria a medias, cuya continuidad no está dispuesta a consentir el cacique en la continuidad de la novela.
- El retorno de Benito, preparatorio de la lucha política que acontecerá después y está desarrollada en los capítulos VIII-XIII.

Junto a todo eso, es significativo el prefacio que en la cabecera del capítulo VIII inserta Andújar por letra de Benito, quien deja dicho que «cuando muera (...) entréguese este cuadernillo a mi sobrino Alejandro» (pág. 144), lo que constituye un ejercicio de metaliteratura, pero no el único porque será a partir de este capítulo cuando tome las riendas de la narración el propio Benito en una especie de narración de memorias.

Aunque la narración toma el pretérito como tiempo de las acciones y la tercera persona con la omnisciencia del narrador, esto está simultaneado con párrafos en presente y en primera persona cuando Andújar deja la narración de determinadas escenas en la voz de personajes de la propia novela. Este es el caso del capítulo IV, segundo párrafo (págs. 66-75) en la que don Alfredo (amigo de Arturo, el médico) narra escenas de cómo conspiran contra Gabriela en la rebotica el cacique y sus amigotes; un en-

frentamiento verbal con Jilguero, y su propia proposición de matrimonio a Gabriela y el rechazo de esta. También Arturo, el médico, narra diversos pasajes y párrafos, en los capítulos V y VI. Y, asimismo, don Manuel, mentor de Benito en Madrid, es quien informa a Gabriela, a través del modo epistolar, de las actividades, estudios y andanzas del hijo de ella en el capítulo VI. Como quedó dicho, a partir del capítulo VIII y en un efecto de *flash back*, es Benito quien va relatando los acontecimientos más escabrosos en los que finalmente se resolverá la novela.

De cualquier forma la intervención del narrador es externa y realista, sin dar un punto de vista, ni observaciones personales, dejando estas valoraciones a la voz de los personajes y muy especialmente cuando son estos lo que toman las riendas de relato, como quedó dicho antes. Hay, por tanto, un reconocimiento de los personajes de su propia historia.

### *Tiempo de las acciones*

No hay un tiempo explícito de acontecimientos que vayan situando en cada momento el relato, sino un tiempo interior inherente al propio relato. En contadas ocasiones y con mucha atención se detectan determinadas fases que ayuden a situar el tempo de las acciones. Es a través de esas contadas frases en las que podemos detectar el tiempo en el que transcurre la novela, situado entre las «postrimerías del siglo XIX» (pág. 21), «no en vano vivimos en el joven siglo XX» (pág. 114) y «la huelga general de Barcelona» (pág. 189), sobreentendiendo que se refiere a la huelga general provocada por la crisis de 1917. Pero sobre todo será el propio desarrollo personal de Benito (nacimiento, niñez, marcha a Madrid, regreso de Madrid, hacerse cargo de la hacienda familiar) el que va a ir situando el tiempo en cada momento. Podemos barruntar que la obra ocurre a lo largo de unos treinta años, coincidiendo con el auge de la Restauración borbónica hasta su crisis más profunda. A pesar de eso en el relato no se observa que el tiempo transcurra con grandes saltos hacia delante.

### *Lenguaje*

Aunque el lenguaje de la novela a veces se muestra con cierta dosis de barroquismo, en lo que a la voz del narrador concierne, lo cierto es que en la novela predominan las expresiones llanas, coloquiales y populares de los personajes, sin llegar a caer en esa tosquedad o vulgaridad que pareciera correspondería a personajes de vida sencilla y rural, desta-

cando un casticismo espontáneo que se iguala con el lenguaje hablado: *pelandusca*, *toniche*, *galopines del arrabal*, *patidifusa*, *palurda*, *mangoneo*..., e incluso arcaizante a veces, caso del repetido «nostrama», así como de giros y expresiones con diminutivo muy propios de La Mancha caso de «medianaja», «peseteja», «lugarejo», «rencorcillo», «enjamás»..., que aún se conservan en las poblaciones más pequeñas del sur de la región. Esto se observa con más insistencia en el personaje de Santiago que se expresa con frases cortadas y a menudo socarronas y mansurronas, pero de sentido hiriente. Por el contrario Gabriela y Benito tienen un lenguaje muy familiar, coloquial, correcto. Respecto a los diálogos aunque son fluidos y cortos, se echa de menos a menudo la acotación guionada para definir quien habla en cada momento, lo que a veces puede llegar a confundir al lector.

Un aspecto muy destacado de esta obra, que Manuel Andújar repetiría en *El vencido*, es el valor antropológico que vuelca a base de numerosos y reconocidos dichos y refranes de los que está salpicado todo el texto: «Del dicho al hecho» (p. 56), «armé la de San Quintín» (p. 65), «no es moco de pavo» (p. 83), «Hacer de tripas corazón» (p. 99), «pelillos a la mar» (p. 142), «No te salgas por los cerros de Úbeda» (p. 162), «Dios aprieta pero no ahoga» (p. 172), «quieres cargarme el mochuelo» (pág. 205)... Y el retorno a un vocabulario en vías de extinción con palabras que aluden a otro tiempo, otros usos, otros objetos: *sayal*, *alcuza*, *levita*, *jaco*, *abarcas*, *camaranchón*, *gañanes*, *zaguán*, *camándula*, *refajo*, *collera*, *barbechar*, *quiñón*, *pooyo*, *cómoda*, *arriero*, *lezná*... que nos retrotraen a ese mundo rural y arcaico.

## 10. GALERÍA DE PERSONAJES DE LLANURA

La galería de personajes que desfilan por *Llanura* es amplia y variada, de manera que no queda excluido en su representación ningún fenotipo de los que componen el mosaico de una localidad rural y pequeña como «Las Encinas». Hay sitio para todos en el repertorio de la novela, desde los principales y secundarios para dibujar el problema de caciquismo; pasando por los personajes menores y circunstanciales, más o menos activos, que coadyuvan a conformar el diseño de esa forma de vida típica y cerrada que tenía el mundo agropecuario español. De esta manera se asoma Manuel Andujar a un paisaje humano y coral que dibuja a la perfección.

- **Personajes principales**

*Gabriela*: Educada en Madrid, es una mujer refinada y culta, lo que no evita un fuerte carácter revestido de dignidad y determinación para asumir la responsabilidad, tras quedar viuda, de sacar adelante la hacienda agraria familiar y a sus cuatro hijos, enfrentada a las vilezas de Santiago, el cacique del pueblo, en una sociedad local masculinizada, hipócrita y atrasada en extremo. Derrocha al mismo tiempo energía y sensibilidad.

*Santiago*: Cacique local, de trazo grueso, cuyas actitudes y conducta tienen las características y procedimientos propios antes comentados: un sistema anclado al poder político y al servicio de los poderosos. Protegido por los órganos corruptos del propio sistema (Gobernador Civil y Justicia) esto le permite manipular y malversar fondos públicos, amañar elecciones, comprar voluntades, beneficiar a sus «amigos» con favores y disuadir a sus oponentes recurriendo a la violencia y, llegado el caso, el asesinato, a través de los secuaces de los que se rodea.

*Benito*: Hijo mayor de Gabriela. Hereda de su madre similar carácter y sentimiento de lucha contra las injusticias, el amañado, los «enjuagues» y las injusticias del cacique local. Estudia en Madrid y representa el espíritu de los regeneracionistas con sus críticas al sistema y sus propuestas de necesaria evolución, buscando mejoras sociales para el pueblo, para lo que se enfrenta a Santiago en unas elecciones que pierde a través de un pucherazo. Las maniobras oscuras de Santiago le llevarán el destierro.

- **Secundarios**

*Verónica*: Esposa de Santiago, ricachona y beata. De «vida alegre» en su juventud, fue amante del Marqués. «Santiago se casó con ella para agenciarse el favor del Marqués (...) La Verónica se pinta sola para malicias y le aconseja a Santiago las perrerías» (pág. 37). Odia a Gabriela y predispone a su marido contra ella. Sometida por Santiago, este le recuerda constantemente, como una venganza, el pecado lujurioso de su juventud: su hija Jacinta.

*Alejandro*: Primo y esposo de Gabriela. De carácter timorato, es elegido concejal con la lista de Santiago para no contravenir a este, pero es asesinado por *Jilguero*, mano larga y navaja del cacique, cuando intenta averiguar un asunto de compra fraudulenta de tierras.

*Jilguero*: De origen bastardo, actúa de matón y correo a cambio de favores de Santiago. Se enamora secretamente de Gabriela a sabiendas que ella jamás le corresponderá. Llevado por su despecho y por el daño interior de sentirse bastardo, intenta amedrentar a Gabriela para que abandone el pueblo. Fracasado en su intento y abandonado por todos, se siente mísero y se suicida por inanición.

*Arturo*: Médico del pueblo. Amigo de Gabriela y de Benito, por esto será despedido del Ayuntamiento por Santiago.

*José, el guarnicionero*: Honrado y sincero, viejo luchador contra el caciquismo, se muestra enemigo de los métodos de Santiago. Traba amistad con Benito a quien ayuda y aconseja que se presente a las elecciones para derribar al cacique.

*Fernando*: Hijo primogénito de Pedro y Eustaquia. Estudia en Valdepeñas por recomendación de Santiago. De carácter áspero es confidente y colaborador del cacique con quien urde la trama para hundir a Benito, llevado por un sentimiento de inferioridad y la envidia irrefrenable que le tiene desde niño.

*Paquito*: Está enfermo de tisis. Junto con José el guarnicionero y Benito planifican las elecciones en las que se presenta Benito. Mue- re de un tiro, víctima de la estratagema urdida por Santiago para acallar las críticas al pucherazo.

- Menores

*Abel, Fabrique y Luisa*: Hijos de Gabriela y hermanos de Benito. Abel de salud quebradiza y apocado; Luisa, juguetona y superficial; Fabrique, suspicaz, falto de talento, juerguista. Tienen papeles puntuales y menores que en ningún caso llegan a igualar el protagonismo de Benito.

*Clotilde*: Vieja sirvienta en la casa de Alejandro. Solterona, trabaja- dora y regañona, mantiene una relación afectivo-maternal con Gabriela a quien cuida y aconseja.

*Venancio*: Tonto del pueblo, sensible a la naturaleza y a la música de Gabriela, quien lo protege. Representa el atraso medieval del pueblo, no en si mismo sino por el trato vejatorio que recibe de los demás.

**Marcial:** Gañán y mulero que trabaja al servicio de Gabriela. Fortachón, valiente y decidido, protege como guardaespaldas a Benito, a instancia de doña Gabriela y ante las veladas amenazas de Santiago. Recibe a Benito muchos años después de su destierro y de regreso a España (cap. VIII)

**Pedro:** Primo segundo de Alejandro. Se arruina jugando a las cartas, participa con *Jilguero* y Nicasio en atemorizar a Gabriela pensando que si esta se va del pueblo sacará beneficio de sus tierras. Es herido por esta en el brazo. Es el padre de Fernando.

**Emérta:** Niña amiga de Luisa, se encariña con Gabriela a quien considera su segunda madre. Inteligente e intuitiva por naturaleza, ve asaltar la casa de Gabriela advirtiéndola del peligro. Acaba recluida en el manicomio de Ciudad Real.

**Eustaquia:** Esposa de Pedro y madre de Fernando. Prototipo de mujer maltratada por su marido. Sabe que este junto con *Jilguero* y Nicasio intenta asustar Gabriela, pero lo calla. Años después, en su lecho de muerte, se lo confiesa a Gabriela.

**Rosalía:** Esposa de Fernando, se siente humillada por este. Se enamora de Abel con el que pretende fugarse del pueblo, fuga que en última instancia deshace Gabriela para evitar el escándalo y el enfrentamiento entre familias.

**Don Manuel:** Mentor de Benito en Madrid y quien informa a Gabriela a través de cartas de las actividades, estudios y andanzas de su hijo.

**Alberta:** Mantiene con Benito una relación puramente carnal, a pesar de estar novia con un bodeguero de Daimiel. Ligera de cascos, según la moral de la época, es tachada de prostituta por las malas lenguas, por lo que abandona el pueblo.

**Jacinta:** Hija de Verónica e hijastra de Santiago. Está enamorada de Benito a quien advierte que su padrastro y Fernando tienen intenciones de matarlo. Por eso será castigada por Santiago encastRANDOLA en casa.

- Circunstanciales

**Don Damián:** Padre de Gabriela, propicia el casamiento de esta con Alejandro.

- Doña Marina*: Madre de Gabriela, representa a la esposa paciente y sumisa.
- Joaquín*: Labriego cuyas tierras tienen linde con las de Santiago que este le usurpa. Es una víctima de las estratagemas de Santiago matando a *Cortao*. Acaba en la cárcel y su familia debe abandonar el pueblo.
- Cortao*: Matón que actúa a órdenes de Santiago. Provoca a Joaquín en pelea y muere en ella.
- Atilano*: Hijo de Santiago. Mozo ventrudo y peludo, boticario en cuya rebotica se reúne Santiago con sus secuaces. Está predestinado a sustituir a su padre como cacique.
- Juanillo, Eustaquio, Tomas «El Turrón», Ramoncillo*: Criados y gañanes que trabajan para Gabriela.
- Nicasio*: Capataz de Gabriela despedido por esta por robarle trigo. En venganza se alía con *Jilguero* y Pedro para asustar por las noches a Gabriela asaltando su casa.
- Don Julián*: El otro médico del pueblo. Hermanastro de *Jilguero* y quien hereda el apellido y la riqueza del padre común. Es favorecido por Santiago.
- Don Alfredo*: Hombre de mundo. Amigo de Arturo llega al pueblo y propone matrimonio y protección a Gabriela. Cuando esta lo rechaza abandona «Las Encinas».
- Cayetano*: Padre de Emérita, solo vive para trabajar. No entiende la inteligencia de su hija Emérita a la que cree está loca.
- El conde*: Aristócrata tarambana con quien traba amistad Benito en Madrid. Tiene una amante, Araceli, de la que se enamora Benito.
- Araceli*: Amante de *el conde* que acaba «liada» con Benito. Esta relación es rota por Gabriela.
- Isabel*: Esposa de don Manuel.
- Mónica*: Esposa de Benito, tras su destierro. Es francesa.
- Sebastián*: Hermano de Fernando.
- Beatriz*: Primera novia de Benito. Es pacata y de mentalidad pueblerina.

*Luis*: Novio de Alberta, bodeguero en Daimiel, se enfrenta a Benito por celos.

*Tía Encarnación*: Cría a Jacinta.

*Milano*: Matón que sucede a *Jilguero* en el servicio a Santiago. Es vencido y ridiculizado por Benito ante todo el pueblo.

*Sinforosa*: La vidente, pronostica una plaga de langosta.

*Don Zoilo*: Cura del pueblo, acomodaticio a Santiago.

*Casilda*: Arquetipo de marimandona y chismosa del pueblo, critica a Alberta hasta que se va del pueblo.

*Tío Quirico*: Aconseja a Benito que no hurgue en los asuntos turbios del Ayuntamiento. Finalmente lo apoya en su trayecto electoral.

*Eulalia*: Novia de Paquito.

*Don Federico*: Candidato a diputado por el partido conservador, para el que busca apoyos Santiago en las elecciones. Sólo está referenciado en varios pasajes, pp. 168 y 172.

## 11. EL CACIQUISMO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

El caciquismo ha sido motivo de numerosos estudios históricos que se han aproximado a las incidencias y repercusiones que este tuvo en la vida política y nacional, ya se trate de estudios generales<sup>4</sup> o más específicamente de estudios provinciales, comarcales o locales, cuya polarización se acerca más y en detalle, señalando con nombres, apellidos y hechos puntuales a conocidos caciques cuyo comportamiento, actitudes, métodos, etc. vienen a suplantar el patrón con el que procede Santiago, el cacique de *Llanura*. Pero también más allá de la investigación histórica y en esa línea argumental que venimos comentando, encontramos obras literarias que han tratado el tema con asiduidad, especialmente por los propios autores regeneracionistas de principios del siglo XX, algunos de los cuales vivieron en primera persona y llegaron a padecer las consecuencias del caciquismo. En esta línea podemos encuadrar el ensayo

---

<sup>4</sup> Entre los estudios generales que se han preocupado del tema cito:

VARELA ORTEGA, José (director): *El poder de la influencia: geografía del caciquismo en España (1875-1923)*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid, 2001.

TUSELL GÓMEZ, Javier: *Oligarquía y caciquismo en Andalucía 1890-1923*. Editorial Planeta. Barcelona, 1976.

antes citado *Oligarquía y Caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1901), de Joaquín Costa, quien en 1893 sufriría en sus propias carnes el pucherazo caciquil que le impidió ser concejal en las elecciones municipales de Graus (Huesca).

A esta obra debemos unir, entre otras, la novela *Jarrapellejos* (1914), de Felipe Trigo (1864-1916), quien sitúa su acción en el pueblo extremeño de La Joya (trasunto de las tierras pacenses que el autor conocía bien por su condición de médico rural) en que el cacique Pedro Luis Jarrapellejos gobierna a sus anchas vidas y haciendas, menos a Isabel, bella y humilde adolescente que se le resiste, sin que don Pedro le encuentre precio. Cierta día Isabel y su madre aparecen en su casa violadas y asesinadas, siendo culpado un inocente, en tanto Jarrapellejos conoce a los autores de tan horrendo crimen: su propio sobrino y el conde de la Cruz que no serán encausados. La novela viene a exponer, una vez más, el poder de un cacique que domina y maneja a jueces y magistrados, y con ello el desprestigio de la Justicia, un mal endémico de la sociedad de la época. Esta novela fue llevada al cine en 1988 por el director Antonio Giménez-Rico.

Otra obra literaria que abunda sobre el mismo tema es *Los caciques* (1920) de Carlos Arniches (1866-1943), estrenada el 13 de febrero de 1920 en el teatro madrileño de la Comedia. Una propuesta teatral satírica encuadrada dentro de la serie de comedias regeneracionistas de este autor, cuyo habilísimo ingenio y facilidad para la caricatura consigue hacernos ver todas las miserias e injusticias del cacique, figura detestable y pueblerina de marcada y tópica brutalidad [Ramos, 2006]. Carlos Arniches define así el caciquismo a través de don Sabino, uno de los personajes:

«¡Qué saben ustedes, los que viven lejos de estos rincones!... Treinta y cinco años, señor, me he pasado de médico titular, de médico rural, luchando siempre contra el odioso caciquismo bárbaro, agresivo; torturador; contra un caciquismo que despoja, que aniquila, que envilece... y que vive agarrado a estos pueblos como la hiedra a las ruinas... Yo he luchado heroicamente contra él con mi rebeldía, con mis predicaciones; porque yo, que la conozco, estoy seguro de que en esta iniquidad consentida a la política rural está el origen de la ruina de España». (Act. III; esc. VIII).

Y otra obra que desarrolla dicha temática es la novela *El cacique*, de Luis Romero Pérez (1916-2009), con la que obtuvo el Premio Planeta en 1963. Aunque mucho más tardía respecto de la secuenciación temporal del caciquismo, la novela recrea a los personajes a través de un crudo y certero trazo con una gran riqueza de situaciones, diseccionando el

caciquismo como un cuerpo social que actúa como una enredadera que cerca y aprieta el destino individual de los habitantes de un pueblo. En el relato predomina el sarcasmo y el vigor es tal, que llega a parecernos caricaturesco a fuerza de ser realista.

La literatura también ha incidido asiduamente en la figura del cacique de un pueblo o ciudad bien tratándolo de forma tangencial y como parte del desarrollo dramático de una obra, o bien centrando el tiempo de su desarrollo en la época del caciquismo con connotaciones que directa o indirectamente aluden al mismo. De la larga nómina de obras que inciden en este aspecto, citamos aquí, a modo de ejemplo, las novelas *Los pazos de Ulloa* (1886), de Emilia Pardo Bazán (1851-1921), emitida en cuatro capítulos por TVE en 1985; y *Entre naranjos* (1900), de Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), obra que podemos considerar dentro de las llamadas de «ambiente valenciano», cuya adaptación emitió TVE en 1998 en tres capítulos dirigidos por Josefina Molina. También durante el verano de 1987 y bajo el título *Visperas*, TVE emitió una serie de seis capítulos basada en las novelas *Llanura* y *El vencido*, bajo la dirección de Eugenio Martín, y en los mismos escenarios que sirvieron al autor de inspiración para escribir estas obras.

## BIBLIOGRAFÍA

### 1. DE/SOBRE MANUEL ANDÚJAR

- ABELLÁN, José Luis [1994]: «Manuel Andújar, literatura y conciencia». En *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 529-530, pp. 281-294. Madrid.
- AGUILERA MALTA, Demetrio [1969]: «El teatro: un nuevo aspecto de Manuel Andújar». En prólogo al volumen de teatro de Manuel Andújar que contiene tres obras: *El primer juicio final*, *Los aniversarios* y *El sueño robado*. Ediciones de Andrea, pp. 7-11. México.
- ANDÚJAR, Manuel [1987]: Edición de *Vísperas*. Alianza editorial, 485 pp. Madrid. (Contiene las novelas *Llanura* y *El vencido*).
- ANDÚJAR, Manuel [1995]: Edición de *El vencido*. Universidad de Jaén, 289 pp.
- CONTE, Rafael [1970]: «El realismo simbólico de Manuel Andújar». Prólogo a *Vísperas*, pp. 9-19. Editorial Andorra. Barcelona.
- CONTE, Rafael [1976]: «La obra narrativa de Manuel Andújar, unas vísperas que lo siguen siendo». En *Diario El País*, edición del 4 de agosto.
- CONTE, Rafael [1981]: «El realismo simbólico de Manuel Andújar». En *Historia y crítica de la literatura española*, vol. 8, T-I, pp. 547-555. Editorial Crítica, nueve volúmenes. Barcelona.
- CONTE, Rafael [1987]: «El realismo simbólico de Manuel Andújar». En *Revista Anthrops: Boletín de información y documentación*, núm. 72 (dedicado a Manuel Andújar), pp. 38-42. Barcelona.
- MARTÍNEZ AGUILAR, Lorenzo [2014]: *El conflicto social de la minería jienense a través de la novela «El vencido», de Manuel Andújar*. Edic. del Centro de Estudios Linarenses, Discurso de Ingreso.
- MARTÍNEZ AGUILAR, Miguel [1989]: «La narrativa en Manuel Andújar». En *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 139, pp. 101-128. Jaén.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge [1976]: «Apuntes iniciales sobre *Vísperas* de Manuel Andújar». En *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 316, pp. 153-163. Madrid.
- RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge [1990]: «La narrativa de Manuel Andújar». En *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 475, pp. 137-140. Madrid.
- RODRÍGUEZ RICHART, José: «Sobre el teatro de Manuel Andújar». En *El exilio literario español de 1939: actas del Primer Congreso Internacional (Bellaterra, 27 de noviembre- 1 de diciembre de 1995)*. Vol. 2, pp. 569-576. Edición de Manuel Aznar Soler.

- SANZ VILLANUEVA, Santos [1985]: «Manuel Andújar; la novela como investigación». *Ínsula, revista de letras y ciencias humanas*, núm. 458-459, p. 21. Madrid.
- URBANO PÉREZ ORTEGA, Manuel [1995]: Prólogo «España, por ti se pregunta. Una somera aproximación a la obra de Manuel Andújar», pp. 7-27. Edición de *El vencido*. Universidad de Jaén.
- VALBUENA PRAT, Ángel [1983]: *Historia de la literatura española. Época contemporánea*. Editorial G. Gili, Barcelona (Edición ampliada y puesta al día por María del Pilar Palomo y Antonio Prieto, vol. VI, pp. 426-428).

## 2. SOBRE OLIGARQUÍA Y CACIQUISMO

- COSTA MARTÍNEZ, Joaquín [1982]: *Oligarquía y Caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, dos volúmenes. Editorial Guara, Zaragoza. Reedición del mismo título de Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1901.
- DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón [2010]: «Heliodoro Peñasco Pardo. El republicanismo radical como forma de vida», en el preámbulo al libro *Del caciquismo trágico (Historia de infamias)*, 640 pp. Diputación Provincial de Ciudad Real. Recopilatorio del mismo título sobre el original publicado por Pedro Torres, redactor del periódico «*El Radical*» en la tipografía de la Sociedad de P. Históricas. Madrid, noviembre de 1913.
- JOVER ZAMORA, José M<sup>a</sup> [1989]: «La época de la Restauración, panorama político-social, 1875-1902». En *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, vol. 8, tercera parte, cap. primero, pp. 277-319. Editorial Labor, segunda edición, 11<sup>a</sup> reimpresión. Barcelona.
- RAMOS, Vicente [2006]: *Vida y teatro de Carlos Arniches*, cap. XX, titulado «Los caciques y la política». En Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006, edición digital, Portal: Carlos Arniches.
- SÁNCHEZ AGESTA, Luis [1984]: *Historia del constitucionalismo español*, 604 pp. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid.
- TOMÁS VILLARROYA, Joaquín [1975]: *Breve historia del constitucionalismo español*, 160 pp. Editorial Planeta. Barcelona.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel [1974]: *La España del siglo XIX*, dos volúmenes. Editorial Laia, Barcelona.
- TUSELL GÓMEZ, Javier [1976] *Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)*, 592 pp. Editorial Planeta, Barcelona.
- <http://el-liberalismo.com/ver-oir-leer/fraude-electoral-y-caciquismo>
- <http://historiasigloXX.org>
- <http://literaturas.com>
- <http://planetadelibros.com>